

Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, fué encargado por el emperador de llevar la seguridad de un perdón general á todo el que volviese al deber, y hasta conceder el vireinato á Pizarro; satisfecho «hasta con que el diablo lo tuviese, con tal que conservase las minas del Potosí. Si Pizarro se obstinaba, el enviado debía reclamar la ayuda de las colonias.»

Partió, pues, Gasca solo, de bastante edad y sin armas, para restablecer la paz en un país situado á mil doscientas leguas de su patria. ¿Pero cómo conseguirlo? Gonzalo creyó notar en sus procedimientos una aversión particular á él, y le obligó á pensar en los medios de hacerse obedecer por la fuerza. Estalló, pues, la guerra civil. Abandonado Pizarro por los principales oficiales, cayó, en fin, prisionero, y fué condenado á muerte, así como Carvajal. De esta manera es como Carlos Quinto, recompensaba á sus héroes; como la justicia divina pagaba con la ingratitud política las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Esforzose Gasca en dulcificar la suerte de los peruanos, en la imposibilidad en que estaba de dispensarles inmediatamente del trabajo. Ocupó á los descontentos en nuevas expediciones, en que pudo amortiguarse su ardimiento; y después de haber recompensado con largueza á los que le habían secundado, mandó á Carlos Quinto 1.300.000 pesos (3), volviéndose después pobre como antes á su piadosa oscuridad, de donde fué sacado para ser promovido al obispado de Palencia.

¿Cómo hubiera sido posible mejorar la suerte de un país en que no se buscaba más que oro, ó del oro dependían las traiciones y la fidelidad? Por su insensata política, la España escitaba los descontentos, prolongaba las venganzas y facciones; recurría después para reprimirlas á un régimen de terror, como si hubiera querido vengar con la sangre de los suyos la de los peruanos. Manco-Capac no había cesado de ser el objeto de un constante afecto por parte de los peruanos, hasta el momento en que fué muerto por un español en una refriega. Sus dos hijos parecieron peligrosos al rey, y ordenó que Sairi-Tupac, el sucesor, se entregase en sus manos. No tardó en morir. Su hermano Amaru-Tupac, habiéndose á su vez negado á ir, fué sitiado, preso y decapitado. Con él pereció la última esperanza de los peruanos, que quedaron presa de una partida de avaros extranjeros, y se doblegaron á su yugo, dóciles como eran, hasta el punto de no tener valor ni para quejarse. La ejecución de las órdenes dadas para abolir las reparticiones y la esclavitud se difirió por mucho tiempo; pero en fin, tuvo por efecto la formación de los ayuntamientos. Sin embargo, era muy difícil á tan gran distancia refrenar en sus excesos la avaricia de los particulares.

Un reino con exceso de población se vió reduci-

(3) Los pesos de entonces equivalían al luis.

do á una de 3.000.000 (4), y obligado á recurrir al trabajo de los negros, lo cual hizo que la industria y la agricultura pudiesen. Los grandes monumentos que acababan de concluirse á la llegada de los conquistadores, se arruinaron; pero los peruanos no olvidaron á los hijos del sol, y de tiempo en tiempo se proclamó un nuevo Inca, como aconteció en 1742. Cuarenta años después, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Amaru-Tupacso, cacique de Tungasuc en el alto Perú, cuya educación se había hecho en Cuzco por los jesuitas, tomó el nombre de Amaru y se puso á la cabeza de sus compatriotas, que oprimidos hasta el exceso, se sublevaron contra los españoles. Pero dominado por sus pasiones, carecía de la resolución necesaria en un jefe de rebelión. En lugar de conciliarse á los criollos, que odiaban á los españoles, los trató como á enemigos: de todos modos se sostuvo más de un año, rodeado de la multitud de peruanos, cuyos recuerdos había despertado, oponiendo á la disciplina un valor desesperado. Hecho, en fin, prisionero, fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos; después, luego que se le cortó la lengua, fué arrastrado por cuatro caballos. Su casa fué arrasada y toda su familia condenada á muerte ó desterrada. Perdieron los indios los privilegios que les quedaban: se abolieron sus fiestas ó reuniones, y se prohibió á todo peruano el tomar en adelante el título de Inca.

Aquella feroz ejecución, que manifestaba que los españoles no habían degenerado de la barbarie de sus padres, hizo la resistencia aun más encarnizada. Andrés, primo de Amaru, para ganar sin cañones la ciudad de Gorata, hizo caer sobre ella torrentes de las montañas, y de veinte mil ciudadanos que contenía no se libtó más que un sacerdote. Pero ayudando la política y las traiciones á los españoles, se apoderaron de los jefes, apaciguaron á los demás habitantes, y el último vástago de los Incas estuvo prisionero en Ceuta hasta 1820, época en que se proclamó la Constitución (5).

Sin embargo, las artes y la civilización europea se introducían en aquellas comarcas. Carlos Quinto fundó en 1545 una universidad en Lima, con tres colegios reales, que por momentos contaron doscientos maestros y tres mil discípulos. Otros vegetales fueron á aumentar el número de los que los indígenas cultivaban ya, y útiles animales enriquecieron el suelo que ayudaron á fecundizar.

(4) Tal vez se ha formado una idea exagerada de la población de América. Preténdese que fray Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, probó en 1551 la existencia de 8.285.000 indios en el Perú. Humboldt pone en duda el hecho, en atención á que no se encuentran rastros en los archivos; pero cómo no tener en cuenta el censo hecho en 1793 por el virey Gil Lemus, que probó haber una población de 6.000.000?

(5) Los españoles tuvieron cuidado de tener estos hechos ocultos, y apenas se oyó hablar de ellos en Europa sacamos estos datos de las memorias del general Miller publicadas en Lóndres en 1828.

## CAPÍTULO IX

### AMÉRICA MERIDIONAL.—ELDORADO.

Hacia la tercera parte de un siglo que se hallaba descubierto el continente americano, y ya aquellos intrépidos aventureros se habían estendido por todos los sitios, y las mismas expediciones, las mismas crueldades, el mismo valor, se reproducían en todas las partes del Nuevo Mundo. Separados de su patria, olvidaban en medio de las maravillas de la naturaleza y de los prodigios verificados por su audacia, que no eran más que los instrumentos de un poder distante; y se arrojaban con el entusiasmo de la convicción y del interés personal donde los aguardaban descubrimientos ó conquistas.

En el momento en que algunos de ellos trataban de someter á Chile, otros se adelantaban en dirección opuesta. Desde el golfo de Darien, Vardillo ganó la estremidad del Perú, recorriendo una distancia de mil doscientas leguas á través de montañas y selvas desiertas, la más audaz correría que la historia conoce. Benalcazar, oficial de Pizarro, sometió á Quito en medio de los Andes, uno de los más hermosos países del mundo. Pero Alvarado, que había merecido peleando á las órdenes de Cortés, ser nombrado gobernador de Nueva España, creyendo que Quito dependía de su jurisdicción, invadió el país, y con esfuerzos dignos de admiración si hubiesen sido determinados por motivos menos innobles, encontró á Benalcazar. Estaban á punto de llegar á las manos, cuando comprendieron que era una locura el disputarse un país que unidos apenas podrían defender; en su consecuencia, Alvarado se contentó con una suma de dinero.

España y Portugal no habían podido avenirse con respecto á la posesión de las islas Molucas, donde los unos habían arribado por el Este y los otros por Poniente. Habiendo quedado sin resultado la conferencia de Badajoz, España mandó á las

islas para sostener sus derechos, seis barcos mandados por Ignacio Loaysa, con Sebastian de Cano por piloto, y 3.000 combatientes á bordo. Pasaron el estrecho de Magallanes; pero sufrieron en el Océano Indio una furiosa tempestad que dispersó la escuadra. Loaysa y Cano perecieron, sus compañeros arribaron á las islas de los Ladrones, y desde allí á las Molucas, donde se dedicaron á hacer la guerra á los portugueses, y acabaron por sucumbir casi todos.

Pero la *Patuca* y otro barco ligero, que se habían encontrado separados de la escuadra, anduvieron errantes sin provisiones. El único recurso de los que los tripulaban, eran algunas aves que podían coger al vuelo. Una gallina que cada día ponía un huevo, valía entonces mucho más que todos los tesoros que habían ido á buscar, y su propietario no admitió por ella 1.000 ducados. Reducidos á la última estremidad, no aguardaban ya más que una muerte dolorosa, cuando distinguieron una tierra poco distante, pero estaba erizada de escollos y defendida por salvajes armados. Por dicha, era la costa de Méjico, desde donde los conquistadores españoles les enviaron pronto socorros.

Informado Cortés por aquellos naufragos, hizo marchar á Saavedra para prestar ayuda á los que hacían la guerra en las Molucas, donde no se sorprendieron poco de saber que venían directamente de Nueva España; tan inconexas eran aun las cartas, y mal conocida la situación de aquellos países. Saavedra descubrió varias islas en su camino, y fué el primero de los navegantes que señaló la inmensa utilidad de un canal á través del istmo de Darien. Pereció en aquel viaje.

Al paso que los españoles tardaban en establecerse en el río donde Solís había hallado la muerte, Sebastian Cabot, enviado á pasar de nuevo el

estrecho de Magallanes, llegó allí con cuatro barcos. Halló á las orillas del río á algunos hombres que habian sobrevivido á anteriores naufragios, y que le persuadieron remontase su curso, anunciándole que el oro se encontraba en abundancia en aquellos parajes. Remontó, pues, el Parana, y no salió al mar sino al año siguiente. Algunos adornos de plata que le dieron los indios guaranos hicieron dicesen á aquel río el nombre de Río de la Plata, y dirigió á Carlos Quinto una pomposa descripción del país, acompañada de brillantes promesas.

Poco dispuesto á hacer gastos por un país que no le produciría inmediatamente grandes rentas, Carlos Quinto descuidó la proposición de Cabot, hasta el momento que Pedro Mendoza de Castilla ofreció encargarse de la empresa. Fué, pues, nombrado con aquella liberalidad poco cuidadosa que da sin saber, gobernador general del Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, sin que la extensión del territorio hacia Occidente estuviese determinada. Debía recibir 2,000 ducados al año y otro tanto de los productos de la colonia, sin contar los nueve décimos de los rescates pagados por los caciques y la mitad del botín. Se obligaba en cambio á trasladar al país mil hombres y cien caballos, á abrir un nuevo camino por tierra hasta el mar del Sur, á construir á sus espensas tres fortalezas y diversos establecimientos; á llevar, en fin, consigo ocho misioneros, un médico, un cirujano y un farmacéutico.

Llegado al Río de la Plata después de grande fatiga, con catorce barcos y dos mil quinientos hombres, fundó en el vasto golfo que se encuentra á la embocadura del río la ciudad de Buenos-Aires. Era uno de los países más hermosos y más fértiles del mundo; rico en pastos, producía algodón, azúcar, añil, pimienta é ipecacuana; por fortuna para los naturales no se encontraba oro. Se comenzó de todos modos, como en otras partes, á usar de perfidia y de crueldad; después, habiendo llegado á faltar los víveres, se les quiso exigir por fuerza á los indígenas, que exasperados, se dedicaron á exterminar á los que pretendían robarles.

Continuando sus exploraciones á lo largo del río, los españoles reconocieron los otros cursos de aguas, considerables también, que desembocan en el Uruguay, el Paraguay, el Río Salado. Debilitado Mendoza por los sufrimientos y los pesares que le causaba un éxito inferior á sus esperanzas, perdió la razón, después la vida, y sus compañeros no fueron más felices. Sin embargo, su hermano Gonzalo y Juan de Salazar fundaron la Asunción, que debía ser la capital del país inferior, llamado después Paraguay.

En las colonias allí establecidas, hubo la acostumbrada serie de opresiones, de guerras y odios recíprocos, disputas entre los conquistadores, y subterfugios de los abogados. Los naturales que tuvieron la audacia de resistir á los salteadores invasores, fueron muertos ó entregados á la esclavitud,

bajo el nombre de encomienda; cada comendador español tenía en su casa tantos como le habian cabido en particion, empleándolos en todas sus necesidades, con desprecio de la ley que prohibía venderlos ó maltratarlos sin motivo, con obligación de vestirlos, mantenerlos, cuidar los enfermos, é instruirlos en la religion. Con respecto á los cantones que se habian sometido pacíficamente, debían designar en su territorio un paraje propio para el establecimiento de la colonia; formábase esta entonces con oficiales municipales á ejemplo de los de España, empleos desempeñados por los indígenas, y se daba su mando á un español.

Los diferentes vireyes enviados al país trataron á la vez de estender la conquista y consolidarla fundando ciudades, concediendo en encomienda todo conjunto de indígenas cuya existencia se les revelaba. El primer comendador y el que le sucedía, los tenían en propiedad para indemnizarse de sus gastos; quedaban después libres sin estar sujetos más que á un tributo. Los mestizos nacidos de un español y de una indígena seguían la condicion del padre.

De esta manera es como España, conociendo la importancia del país, le había dado reglamentos que le encaminaban á la libertad, cuando de repente se prohibieron aquellas encomiendas. Fué lo suficiente para que cesase el establecimiento de las colonias, y esto en el momento en que los portugueses iban del Brasil, país contiguo á aquél, á dar caza á los indios errantes.

Encontrábase el país en esta deplorable situación, cuando los jesuitas fueron como veremos á educar.

Pero el paso entre el Atlántico y el mar de las Indias no se había encontrado aun. Juan de Ayala, compañero de Pedro de Mendoza, emprendió el descubrirle. Habiendo remontado el Paraguay hasta su nacimiento, llegó al Perú á través de países desconocidos. Había dejado en el río embarcaciones para que le volvieran á llevar á su vuelta, pero no las encontró, y concluyó por ser muerto. Doce años después, Irala intentó de nuevo aquel peligroso viaje, y consiguió establecer comunicaciones entre el Perú y el gobierno de la Plata (1).

Sin embargo, en el Perú se recogían datos sobre los países limítrofes, y se creyó comprender que los indios designaban en el interior del continente americano, por la parte del Este, montañas en que abundaban las especias, la canela, y sobre todo el oro. Las armas y utensilios eran todos de aquel metal; se hablaba también de una ciudad de Manoa, donde los techos, las puertas y todo, en fin, era de oro. Gon-

(1) Colección de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones por PEDRO ANGELIS (napolitano), 5 tomos. Buenos Aires, 1836.

zalo Pizarro, que tenía el gobierno de Quito, resolvió dedicarse á buscar aquel país, que se llamaba Eldorado. Sin asustarse de los peligros que presentaba un país cubierto de bosques y nieve, ni de la ferocidad de los naturales que le habitaban, partió con trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios á una expedición memorable, tanto por los descubrimientos como por las aventuras.

A las rudas fatigas que se pueden figurar, se añadieron espantosos temblores de tierra que, en Quixos, sepultaron quinientos habitantes, á la vista de los españoles. Al mismo tiempo parecía que el cielo se desencadenaba contra ellos; el rayo y los relámpagos se sucedían en medio de torrentes de lluvia que amenazaban sumergirlos, ó reducirlos á morir de hambre. Les fué después preciso atravesar una de las más elevadas montañas de los Andes, donde un frío desusado hacia caer á los indios como moscas; sufrimientos demasiado reales, mientras los techos y las armaduras de oro aun no se presentaban. En fin, en el valle de Zumaco se manifestaron por todas partes canelos diferentes de los de Ceilan, pero que se cultivaban con gran cuidado para cambiar su corteza por las provisiones necesarias á la vida.

Siguiendo el curso de un gran río hacia Oriente, llegaron á un punto donde se precipita de seiscientos piés de altura, con un ruido que se oye á diez y ocho millas de distancia. Después de haberle costado por espacio de cincuenta leguas sin encontrar un solo punto vadeable, tan ancho y profundo era, la aproximación de dos rocas les permitió intentar el paso. Arrojaron, desde una cima á la otra, enormes troncos de árboles de una altura desmesurada, y atravesaron el río por encima de aquel abismo. Se encontraron entonces en una vasta llanura llena de estanques y aguazales, ó cubierta de yerbas tan altas y espesas, que no podían atravesarlas. La necesidad de ir en busca de víveres, y de aliviarse del peso de los bagajes, le hizo tratar de construir una barca que calafatearon con las camisas que les quedaban, y á formar cuerdas con las cortezas de los árboles: continuaron después su camino durante doscientas leguas más con un valor indomable.

Pero llegándoles á faltar enteramente los víveres, mandó Pizarro á Francisco de Orellana que bajase el río con toda la furiosa rapidez de su corriente, y encargándole que cuando hubiese hallado provisiones volviese á buscarlos para depositarlas en un sitio en que, según las indicaciones hechas por los habitantes del país, era de presumir que otro gran río se reuniese con el que él iba á seguir. Partió Orellana y encontró el punto de confluencia de este río (quizá el Napo) con el Marañón, pero no había en sus inmediaciones ni aldeas, ni campos cultivados, ni medios de hacer provisiones. La necesidad, pues, ó más bien la curiosidad y la manía de los descubrimientos incitaron á Orellana á abandonarse á estas aguas terribles, con el fin de salvarse, al menos con sus

compañeros, ya que no pudiese socorrer á los que quedaban rezagados. El último día del año 1540, Orellana y los suyos se habian comido sus zapatos, sus sillas y todo lo que podía servir de alimento, cuando se abandonaron á la corriente, que los arrastró á razón de veinte á veinte y cinco leguas por día. Algunos de ellos fueron muertos por las tribus salvajes en cuyas manos cayeron; otros, después de haber pasado unos trabajos comparables sólo con su valor, llegaron al mar en el mes de agosto siguiente, después de un viaje de mil setecientas leguas.

Orellana entonces compró un barco y volvió á España contando maravillas de Eldorado que decía haber visitado, pero que nadie supo volver á encontrar ya. Habló también de poblaciones enteramente femeninas, lo cual hizo dar al río el nombre de las Amazonas. La existencia de estas mujeres guerreras fué creída por unos y negada y ridiculizada por otros. Sin embargo, la tradición del país confirma su existencia. Pigafetta se expresa así en su *Primer viaje*. «Nuestro viejo piloto nos contaba otras cosas extraordinarias. Nos decía... que en una isla llamada Occoloro, en la grande Java, sólo se encuentran mujeres, cuyo seno fecundiza el viento. Si dan á luz un varón, lo matan, y si es hembra lo crían; si algun hombre llega á poner los piés en su isla, lo matan también siempre que pueden.» La Condamine escribía en el siglo del análisis... «Durante nuestro viaje preguntamos por todas partes á los indios de las diversas naciones acerca de esas mujeres belicosas, y todos nos dijeron que habian oído á sus padres hablar de ellas, añadiendo muchas particularidades dignas de risa, pero que tienden á confirmar que ha existido allí realmente una república de mujeres que vivían sin hombres. Estas se retiraron hacia el Norte, en el interior de las tierras por el río Negro ó por otro de los que se unen por el mismo lado al Marañón.»

Les preocupaba mucho este río que corria del Oeste al Este, en el cual pretendía Orellana haberse embarcado en Quito y haber ido á parar al Atlántico. Era, pues, posible procurarse por este medio el paso tan buscado al mar de las Indias; mientras que los galeones españoles obligados á dar la vuelta á la América con las riquezas de Chile y del Perú, tenían que correr infinitos peligros. No se llegó á conocer hasta mucho tiempo después la comunicación de este río con el Orinoco y con otros muchos confluentes, que ponen en comunicación una infinidad de pueblos. Este es el río más grande del mundo; porque desde su nacimiento á treinta leguas de Lima, atraviesa casi todo el continente meridional en una longitud de mil y cien leguas, recibiendo el tributo de otros doscientos ríos, algunos de ellos más caudalosos que el Danubio. A doscientas cincuenta leguas de su embocadura se deja sentir el efecto de la marea, que en los días próximos á la luna llena y á la nueva, viniendo á luchar con las olas que bajan, produce

el terrible fenómeno conocido bajo el nombre de *pororoca* (2). Se eleva entonces el río en menos de dos minutos á una enorme altura, y las olas, levantándose como montañas, arrastran con un ruido espantoso buques, tierras y todo lo que encuentra (3).

Orellana había recogido de estos sitios doscientos mil marcos de oro y muchas esmeraldas, lo cual no era nada, según dicen, en comparación de las riquezas que había visto. En su consecuencia se le mandó á la cabeza de una nueva expedición como gobernador de los países que llegase á conquistar; pero le esperaban todos los desastres imaginables; sufrió en la travesía la falta de agua; uno de sus barcos se fué á pique con setenta hombres y con los otros dos llegó á la embocadura del río de las Amazonas y lo subió en un espacio de cien leguas; pero cincuenta y siete de sus compañeros perecieron de hambre, y otros muchos bajo las flechas de los salvajes, finalmente, espiró el mismo de fatigas y de disgusto, con el ánimo preocupado siempre con los sueños de Eldorado.

¿Qué hacía entre tanto Gonzalo Pizarro? Se había internado al través de los bosques y de sabanas igualmente intrincadas hasta la confluencia donde había citado á Orellana; pero ni encontró á éste ni á las provisiones que esperaba. Esta tropa desgraciada empezó á sentir entonces la falta de valor: creyendo que Orellana, espuesto todavía á los mayores peligros se había perdido con los suyos, les pareció que el mejor partido que debían tomar era volverse á Quito que distaba cuatrocientas leguas. Volvieron piés atrás con increíbles sufrimientos, y por fin, después de dos años de ausencia, apareció Gonzalo de nuevo en su gobierno, llevando consigo ochenta españoles

(2) Corresponde á lo que se llama *barra* en la embocadura del Ganges, del Senegal y del Sena, y *mascaret* en la del Garona y del Dordoña.

(3) Muy pocos viajeros se han arriesgado después en este río terrible. En 1560, Pedro de Hurscia, por orden de Hurtado de Mendoza, virrey del Perú; en 1602 el jesuita Pedro Rafael; en 1616 un oficial por orden del virrey Francisco Borja; en 1639 Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda por orden del virrey conde de Chinchón; en 1689 el jesuita Samuel Friteque, fué el que trazó el primer mapa del país publicado en Quito en 1707; en 1725, Palacios, y los franciscanos Breda y Andrés de Toledo; en 1743 y 1744 la Condamine, midiendo un grado del meridiano. El célebre naturalista Haentre, austriaco, al servicio de España y compañero del navegante Malaspina, exploró en 1794 los cuatro grandes afluentes, Ucayali, el Beni, el Mamoré y el Itenes, bajando hasta el Océano Atlántico, pero sin ningún fruto á causa de las disensiones que mediaban entre la España y Portugal. El corso Lister Mawe, teniente de la marina inglesa, lo recorrió en 1828, y dió cuenta del estado actual de las misiones fundadas antiguamente en sus orillas, en una interesante relación publicada en Londres el año siguiente. El congreso de Bolivia ofreció 100,000 pesetas en 1834 al primer barco de vapor que subiese cualquiera de los grandes ríos de esta república.

de trescientos cincuenta que le habían acompañado, y ni uno solo de los cuatro mil indios.

Pero Eldorado no se había encontrado, ni tampoco el paso para conducir á las Molucas, que tanto importaba á Carlos Quinto. Cuando llegaron á convencerse de que no había ningún estrecho que comunicase el golfo de Uraba con el canal de Nicaragua, se propusieron diferentes medios para reunir los dos mares; ó bajar el lago hacia este sitio y abrir canal en un espacio de cuatro leguas, que es el intervalo que lo separa del mar del Sur, ó seguir el río de los Lagartos ó el de Vera-Cruz, poniéndolo en comunicación con el mar, ó finalmente abrir un paso desde Nombre de Dios á Panamá. La empresa no hubiera sido superior á las fuerzas de España; pero sin hablar de lo demás, se ocurrió que teniendo distinto nivel los dos Océanos, podrían resultar las más graves consecuencias.

Se prosiguieron también las exploraciones por la otra parte del Perú. Se llama Chile la lengua de tierra que se extiende desde el Perú á la Patagonia, entre el grande Océano y la cordillera de los Andes: el paso de estas montañas, de grande elevación, cuya cima está cubierta de nieve, sólo es practicable en algunos meses del año: además, los veinte volcanes abiertos en su extensión hacen estremecer la tierra muchas veces al año, y abren anchos abismos capaces de tragar ciudades enteras. Singular contraste con un suelo de los más fértiles y con un cielo siempre apacible, embellecido con abundantes rocios que parecen convidar á los hombres á fijar allí su residencia.

Poco antes de la llegada de los europeos, el Inca Yupanqui quiso someter aquellas fértiles regiones situadas al mediodía de su imperio. Después de haber sacrificado muchos ejércitos, cansó la obstinación de los chilenos, y las tropas de ocupación, á las que mandó establecer sus cuarteles en medio de ellos, los mantuvieron en la obediencia, resultando de aquí que tardaron muy poco en adoptar la civilización de los hijos del sol. El último Inca fué obligado, como hemos dicho, á entregar á los españoles una orden por la cual los declaraba sus aliados y amigos, y encargaba á los chilenos que los considerasen como tales: de este modo se consumó la conquista del país sin efusión de sangre. Primero fué gobernado por Almagro y después de su muerte por Pedro Valdivia, que llegó allí á la cabeza de ciento cincuenta europeos solamente (1541); pero con muchos auxiliares y rebaños enteros de animales domésticos, de donde emanaban los que en el día forman la principal riqueza de la América del Sur. Con el fin de establecerse en un sitio donde no pudiesen los españoles volver fácilmente al Perú, se internó Valdivia en el populoso valle de Guasco, á que dió el nombre de Nueva Estremadura, en memoria de su patria, y edificó á seiscientas leguas del Perú, á Santiago, que es hoy la capital de Chile, cuyo puerto es Valparaíso.

Los chilenos no tardaron en conocer que estos extranjeros eran los opresores y no los amigos de

sus antiguos dueños, y sufrieron su yugo con tanta menos paciencia, cuanto que era más pesado. Sepultados á millares donde se les obligaba á prestar trabajos á que no estaban acostumbrados, perecían á centenares. Los que sobrevivían, solo aspiraban á vengarse, y se insurreccionaban con frecuencia para asesinar á sus opresores, pero les faltaban las principales cualidades de un pueblo insurreccionado, que era la concordia entre sí y la perseverancia, al paso que los españoles unidos por necesidad, y tenaces por naturaleza, quedaban siempre encima. Valdivia acababa al fin por subyugarlos: y fundó siete ciudades que creyó necesarias para consolidar la dominación del país y proteger las minas, pero que, sin embargo, lo debilitaron porque diseminó sus fuerzas.

**Araucanos.**—Se adelantó hasta el 40º paralelo y dió su nombre de Valdivia al país fértil y cubierto de bosques situados entre el Biobío y el archipiélago de Chile. Habitaban allí los araucanos y los molucos, que era la población más antigua de Chile. Era una raza hermosa y robusta, de una voluntad enérgica y celosa de su independencia. Sin dar crédito á las descripciones aduladoras que se han hecho de ellos (4) es cierto que tenían instituciones civiles muy refinadas, que estaban más adelantadas que sus vecinos en las artes, en los cálculos y en la política y que entre los indios eran quizá los que estaban mejor preparados para recibir una civilización que se les hubiese llevado por hombres capaces de habérsela hecho acoger. Otra particularidad de los araucanos es la atención que ponía en la propiedad del lenguaje, llevada hasta aquella minuciosidad que usan los pedantes en las lenguas cultivadas. Todo extranjero está obligado todavía á cambiar de nombre entre ellos, para no introducir palabras heterogéneas, y los misioneros se veían algunas veces interrumpidos en sus sermones por los oyentes que advertían un error en el lenguaje ó una falta de pronunciación. Aun cuando sepan el español, siempre han recurrido al auxilio incómodo de un intérprete para tratar los negocios públicos. Esta lengua, exenta de sonidos guturales y muy variada en su acento, es armoniosa y muy regular en su formación, no teniendo más que una declinación para los nombres. La conjugación del verbo es también sencilla y constante, y se presta con mucha facilidad á formar los compuestos (5).

(4) MIERS en los *Travels in Chile and Plata*. Londres, 1825, trata de fábulas todo lo que se ha dicho por Herrera y Ercilla, y después en el siglo pasado, por Molina, y por el jesuita Harestadt (Chili dugus), sobre la cultura intelectual de los araucanos, y sobre sus conocimientos en medicina, astronomía, geometría, poesía, etc. Las noticias más recientes sobre los araucanos, las hemos tomado de LESSON. *Viaje pintoresco al rededor del mundo*. Paris, 1830.

(5) FEBRES.—*Arte de la lengua general del reino de Chile*. La palabra *Rucatum-maclopaen* está compuesta de

Los españoles, sin tomar en cuenta con quien se las habían, quisieron sepultar también á los araucanos en las minas, y Valdivia, habiendo convidado á comer á uno de sus jefes lo envenenó cobardemente. Esta fué la señal de un levantamiento general, á cuya cabeza se puso Capolicán (1553). Conociendo éste que no se debe acometer en orden de batalla á tropas regulares con reclutas improvisados, comenzó á hacer la terrible guerra de guerrillas. El mismo Valdivia cayó prisionero, sirviendo sus huesos, así como los de otros españoles, para hacer unos pífanos con los que escitaban el valor de sus compañeros. La guerra duró sesenta años, y el odio todavía más, porque estallaba á cada momento, de modo que las ciudades de la Concepción, Talacauano y Valdivia fueron destruidas en varios ataques. Los españoles no podían ir algunas veces al país á enriquecerse con el oro lavado de que abundan las arenas y los ríos, ni tampoco á explotar sus minas de las cuales las situadas á las inmediaciones de Valdivia daban al gobernador 25,000 escudos por día (6).

Felipe II tenía en tanto precio la conservación de Chile, que estableció allí una administración separada de la del Perú, es decir, una audiencia real, situada en la Concepción, la cual fué suprimida por economía en 1575 y restablecida nuevamente en 1709. En nuestros días, sin hablar de los acontecimientos políticos, cuyo teatro recorreremos, ha adquirido Chile una nueva importancia por sus minas de plata. En 1832 yendo á buscar leña un pobre hombre al territorio escueto de Copiapo, se encontró algunos pedazos de plata, cuyo secreto no pudo guardar, de lo cual resultó que al momento se pusieron á explotarla una porción de gentes. En los cuatro primeros días solamente, se descubrieron diez y seis filones, veinte y cinco á los ocho días y cuarenta al cabo de tres semanas. En los ocho primeros meses se estrajeron cincuenta mil marcos de plata, y el mineral produce hasta sesenta y setenta por ciento y á veces hasta noventa y tres.

Los españoles habían multiplicado también los establecimientos, unas veces por casualidad, otras por avidez y otras por devoción en el país situado al norte del Perú, que ellos llamaron Tierra Firme (Colombia), que se extiende desde la orilla septentrional del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Carlos Quinto en uno de esos estremados apuros de dinero á que le reducía su ambición, vendió á la casa Welzers de Hamburgo el territorio de Venezuela que forma la parte noroeste de la moderna Colombia, entre el Atlántico y el mar de las Antillas. Debía ejercer esta familia el cargo perpétuo de al-

*ruca* (casa), *tun* (edificar) *ma* (interjección de súplica) *clo* (ayudar), *paen* (venir) y significa. Por favor, venid á ayudar á edificar una casa.

(6) JUAN IGNACIO MOLINA.—*Ensayo sobre la historia civil de Chile*. Bolonia, 1787.

guacil mayor; las provisiones que sacase de España habían de estar libres de derechos, y además fué autorizada para reducir á esclavitud á los indígenas que se negasen al trabajo, obligándose ella por su parte á dar al real tesoro una quinta parte del oro que encontrase.

Los misioneros vieron con disgusto que el rey concediese á herejes mando sobre los indios; y cualquiera que conservase un resto de humanidad debía estremecerse al contemplar estos traficantes arreglar sus negocios como una pura especulación, martirizar los indios, y esplotar del peor modo un país vendido brutalmente á su avaricia. Habiendo permitido la corte que fuesen vendidos como esclavos los antropófagos, aquellos aventureros no veían por todas partes más que hombres que se alimentaban de carne humana. Una de esas voces que se multiplicaban entonces entre el vulgo, les hizo creer que existía un palacio de oro en el interior del país, y fueron á buscarlo llevando una gran porción de salvajes atados unos á otros por el cuello, y cargados con las municiones necesarias. Si alguno de ellos, rendido de fatiga no podía continuar, le cortaban la cabeza para no perder tiempo en desatarlo y continuaban su marcha. No hay necesidad de decir que sucedió con el palacio de oro lo mismo que con Eldorado.

**Cartagena.**—No habiendo podido subyugar todavía la provincia de Calamari, en atención al carácter guerrero de sus habitantes, pidió su concesión un oficial llamado Pedro de Heredia, y obtuvo todo el espacio comprendido entre los dos grandes ríos de la Magdalena y del Darien hasta el Ecuador. Construyó en una grande bahía, y puso al abrigo de un golpe de mano la ciudad de Cartagena, que después dió su nombre á la provincia, y reunió tanto oro en sus conquistas, que ascendió á veinte mil quintales de metal puro la quinta parte que dió á la corona. A pesar de los esfuerzos que hicieron los misioneros y el nuevo obispo de Cartagena, fueron exterminados millares de habitantes.

Se decía que avanzando hácia el Oeste se encontraría el oro aun con más abundancia. cuya voz corrió por todas partes con el deseo de que fuese cierta. Se preparó, pues, para esta expedición, no menos peligrosa que las de Méjico y el Perú, Gonzalo Jimenez de Quesada. Pusieron en marcha ochocientos ochenta y cinco españoles en compañía de muchos indios bautizados, á cuya cabeza iban Las Casas, Zambrano y otros dos misioneros. Después de muchos meses de un viaje en extremo penoso al través de las Cordilleras, llegaron, por fin, á este afortunado país. Los misioneros prometieron en nombre de Cristo, que era la única arma que llevaban sus manos, la paz á los indios, que desde luego no opusieron ninguna resistencia. Pero los conquistadores tenían empeño en dar con el príncipe Bogotá, que se les había señalado como excesivamente rico. Allí, al menos, no era un sueño lo que buscaban, como en otras

partes. En efecto, los piadosos misioneros encontraron una hermosa ciudad donde fueron acogidos con grandes muestras de alegría, como á hijos del sol, y observaron en sus habitantes todas las apariencias de una civilización progresiva.

Los españoles, sin embargo, fueron adelantándose á su vez, y apercibido demasiado tarde el rey del país de la codicia insaciable de estos extranjeros, pasó desde los cumplimientos á las hostilidades, no sin haber sido antes provocado por los actos de barbarie de aquellos; pero como siempre tuvo que sucumbir. Las palabras persuasivas de Las Casas determinaron á la obediencia muchos indígenas, y Quesada entró en Bogotá. Las riquezas que allí encontraron escedían á las más codiciosas esperanzas; el orden civil, el culto, las tradiciones fabulosas, una corte bien arreglada, todo daba la apariencia de una ciudad bien civilizada, si el bueno de Las Casas no se hubiera aterrizado y desengañado al verles sacrificar sus hijos.

Los naturales se daban el nombre de muisquios, y segun su tradición, una dama llamada por su sabiduría Comizagal, es decir, tigre volante, *blanca como una española* y hábil maga, había visitado la provincia de Cerquin, y se había establecido en Cesalcoquin, donde se adoraba al ídolo de tres espantosas caras, cuya ayuda le hizo conseguir victorias y estender sus dominios. Comizagal, aunque virgen, tenía tres hijos entre quienes dividió el reino, dándoles excelentes consejos para gobernarle; después, cuando conoció que su fin se acercaba, fué á buscar su lecho al templo, desde donde voló al cielo bajo la forma de un pájaro, en medio de truenos y relámpagos. Había introducido entre los indios el culto de los ídolos, de los cuales uno se llamaba el Gran Padre, el otro la Grande Madre; se pedía la salud á aquellos ídolos, mientras que se dirigían á los demás, para obtener el consuelo á sus males, la riqueza y la abundancia.

Segun otra tradición, los antecesores de los muisquios vivían desnudos y bárbaros, sin artes ni culto, cuando apareció entre ellos un anciano procedente de las llanuras situadas al Oriente de las Cordilleras de Chingasa; parecía de una raza diferente de los naturales, llevaba una barba larga y espesa, y tenía tres nombres diferentes, Baquica, Nemqueteba y Zuhé. Les enseñó á vivir en sociedad civilizada y á cultivar la tierra. Había llevado consigo una mujer que también tenía tres nombres, Chia, Yubocayguaya y Huytaca: no menos mala que hermosa; no cesaba de contrariar á su esposo, y dañaba con la magia á aquellos á quienes hacia él bien, y un sinnúmero de sus fechorías deshabitaban el valle de Bogotá. Por último, el marido, indignado, la mató, y se convirtió en luna; Baquica entonces secó el valle y se introdujo el culto del sol.

Véase aquí una civilización tradicional como se encuentran en tantos otros países de América, ó más bien en todos aquellos en que la memoria de los antiguos tiempos se había conse-

vado; véase aquí una trinidad, una antigua veneración hácia los blancos que disponía los ánimos en favor de los castellanos, mirados como pertenecientes á la raza de Baquica ó de Comizagal, ó como enviados por aquellas divinidades. Pero pronto debieron creerlos descendientes del espíritu maligno; porque, sin haberse hartado con los montones de oro de que se habían apoderado, se entregaron á mil crueldades para procurarse otros; ofreciendo así un contraste chocante con las máximas de caridad que predicaba Las Casas, como que formaba la base de la religión de los conquistadores.

Los castellanos adquirieron además otros países penetrando más adelante, entre otros el opulento reino de Tunca, cuyo rey detuvieron prisionero, y Sagomosco, metrópoli de la religión de Bogotá, donde se elevaba un templo de una maravillosa estructura, enriquecido con ofrendas de varios siglos, y que un accidente hizo fuese presa de las llamas. Semejante desastre hizo creer á los muisquios que sus dioses les abandonaban, y la conversión del pontífice supremo arrastró consigo á multitud de indígenas, que de esta manera se encontraron ligados á la España, y que los misioneros se esforzaron en preservar, como pudieron, de la violencia de los conquistadores.

Estos se volvieron con montones de oro; pero la

retirada fué en extremo penosa, y muchos de ellos perecieron de hambre en el camino, como el Midas de la fábula; otros, sitiados por los indios, llenos de venganza, se vieron reducidos á arrojar su presa. Quisieron indemnizarse á espensas de aquella misma población, y dieron muerte al rey Tizquesuca. Seguesagipa, su sucesor, fué cogido y obligado á entregar los tesoros de su predecesor; después, con indignos pretestos, ahorcado con toda su familia. Las Casas no pudo más que protestar en vano, y quejarse de que se le hubiese convertido en instrumento de violentos latrocinios y esterminios feroces; porque él había facilitado la conquista engañando á los naturales, á quienes prometía la paz y justicia del Evangelio. Quesada tuvo mal fin.

De esta manera se fundó el reino de la Nueva Granada, del que fué capital Santa Fe. Los españoles pudieron entonces decir que habían encontrado Eldorado, que buscaba la imaginación de todos. Arrebataron los tesoros, y dieron muerte á los habitantes. Los pocos indígenas que sobrevivieron se refugiaron en las Cordilleras, donde no pudieron alcanzarlos ni los hombres ni los perros, y donde se sostuvieron varios siglos, hasta que llegada la hora, que tarde ó temprano concede la Providencia, se rehicieron contra sus opresores.